

Una
Serenata
para
Gwendolyne

Hilda Rojas Correa

UNA SERENATA PARA GWENDOLYNE

©Hilda Rojas Correa, 2025

Diseño portada: Pamela Díaz Rivera

Imagen de portada: Leonardo / Freepix

Corrección: Pamela Díaz Rivera

Revisión: Mile Bluett

Primera edición, septiembre 2025

Independently published

Safe Creative 2504281601737

ISBN 9798263169862

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos en la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.



*En memoria de Macarena Moscoso...
Solo espero que, donde quiera que esté tu alma,
tengas muchos libros que leer.*



Serenata

En música, una serenata es una composición o interpretación musical que se realiza en honor a alguien o algo. Las serenatas suelen ser piezas musicales tranquilas y ligeras. El término proviene de la palabra italiana serenata que, a su vez, deriva del latín serenus. El sentido está influenciado por el italiano sera «atardecer», del latín sera, afín de serus «tarde».

Preludio

Willham, 15 de noviembre de 1844.

El gran salón de la mansión ya estaba casi vacío. Algunos sirvientes se desperdigaban por el lugar para limpiar el feliz caos que quedó después de la boda. Gwendolyne estaba sentada en un rincón, entre sus dedos giraba una flor de azahar que perteneció al ramo de la novia.

Suspiró. Nunca había visto a una mujer tan feliz por casarse, tan plena, tan enamorada de su esposo.

El contraste con su vida era abrumador. Fue inevitable recordar su propia boda, realizada hacía tan solo tres meses. Su padre arregló un matrimonio por conveniencia, y ella no cuestionó ninguna decisión, ni siquiera la abismal diferencia de edad de casi treinta años.

El compromiso duró un año, en el que supuestamente debió conocer a su prometido, pero sus conversaciones siempre se trataban sobre sus deberes, de lo que se esperaba de ella... e intentar no respirar. Era extraño no recordar más allá de eso, su mente parecía estar en otra parte, pero era capaz de responder lo que los demás querían escuchar.

Su boda fue una fría ceremonia religiosa, coronada por un beso repugnante. Fue como despertar de un sueño y entrar en una pesadilla.

Era demasiado tarde.

Gwendolyne sonrió con amargura al recordar la dura voz de su padre, obligándola a demostrar gratitud y felicidad, y que se apresurara a lanzar el maldito ramo para terminar de una vez por todas. Justo había llegado el mejor amigo de su flamante esposo y quería salir a celebrarlo como Dios mandaba.

No vio a su esposo hasta el quinto día.

La soledad de su nueva casa en Silchester, una localidad rural, le anunciaba que sería fundida en el campo. Le rogaba a Dios que se la llevara al cielo, quería morir, pero no se sentía capaz de hacerlo por su propia mano.

Sus plegarias no fueron escuchadas, su esposo llegó borracho, listo y dispuesto a consumir su matrimonio...

Gwendolyne cerró sus ojos e intentó reprimir el estremecimiento de su cuerpo... No podía borrar de su mente el alarido que llenó la alcoba cuando su rodilla impactó en las repulsivas partes pudorosas de su esposo. Ese golpe no fue solo físico, era el eco de lo que había callado durante un año.

Y luego el silencio... Viuda.

Nadie, por más racionales que fueran sus argumentos, la podía convencer de que había provocado la muerte de su esposo. No importaba que ese viejo corazón fallara por la ira y el alcohol, ella estaba segura de que había contribuido a ese colapso.

Era una suerte que, en esa celebración, nadie la juzgó por asistir, habiendo enviudado hacía tan poco tiempo. Era *vox populi* la historia de su efímero matrimonio con un viejo de casi cincuenta años. Eran muy singulares esas personas, parecían entenderla. El círculo íntimo de su amigo, Edward Dutton, se amplió de un modo insospechado gracias a su unión con Emily Montgomery.

Ellos eran el epítome de una pareja enamorada y dichosa.
¡Qué envidia!

De súbito, en sus oídos penetró el sonido de una melodía que flotaba en el aire, y la sacó de sus recuerdos. Era hermosa, nunca la había escuchado.

Levantó su mirada y se encontró con el hombre que ejecutaba la dulce y alegre música del violín... Era como el aleteo de cientos de mariposas que levantaban el vuelo al mismo tiempo.

Esbozó una leve sonrisa y cerró los ojos, disfrutando de ese respiro. No quiso mirar fijo al hombre que parecía acariciar el instrumento en vez de ejecutarlo.

La música era perfecta en su sencillez, podía seguirla en ese misterioso ascenso al firmamento, rozar las estrellas con sus dedos y luego caer envuelta en un prodigioso hechizo, en un viaje suave e impredecible, como una pluma a merced de la brisa.

La última nota se desvaneció en sus oídos, dejándola, inexorablemente, en la tierra, huérfana.

Gwendolyne abrió sus ojos y, espontánea, aplaudió a ese talentoso violinista que se inclinaba ante ella en una regia reverencia. Lo conoció hacía unas cuantas horas, era uno de los invitados, y también uno de los músicos del famoso Quinteto Divino, agrupación que se presentaba en teatros, festivales y reuniones familiares.

—Bravo, señor Whitney, bravo. —Anthony era su nombre—. Ha sido impecable y precioso.

—Muchas gracias, señora Langthorne. Fue un placer.

Gwendolyne se había acostumbrado más a andar de luto que a su apellido de casada. Le desagradaba. Pero no se sentía con la suficiente valentía de corregir a nadie y decir que prefería su apellido de soltera. Escandalizaría a los demás con esa afrenta a la memoria de su difunto esposo.

Cada vez que la llamaban «señora Langthorne», evocaba los ojos de su esposo, que le prometían las penas del infierno después de ese rodillazo en sus partes pudendas. Sin embargo, esa melodía que aún permanecía en su memoria atenuó esa visión, y le dio la entereza para no dejar de sonreír.

Anthony guardó el violín en un estuche que yacía sobre una silla. Ella lo observó en silencio. Los movimientos de él eran hipnóticos, trataba su instrumento con cuidado y reverencia, como si estuviera vivo.

Él la miró de soslayo y ella evadió el contacto, centrando su atención en el azahar, avergonzada de haber sido pillada *in fraganti*.

Con el azoramiento tiñendo su rostro, Gwendolyne preguntó:

—¿Por qué se atrevió a atrapar el ramo de novia? Los hombres no participan en esa tradición.

—En nuestra familia la pasamos por alto... —«Como a la mayoría de las tradiciones», pensó divertido—. Lo hice porque quise.

—¿Fue una broma? —Y sus ojos pasaron del azahar al rostro de él. La sonrisa pícaro, varonil, sin rastro de vergüenza, respondió su pregunta—. Oh, qué desperdicio, le arrebató la posibilidad de casarse a una de sus primas o amigas por una broma.

Anthony cerró los broches del estuche y replicó:

—No se las arrebaté. A todas les di una flor, quise compartirles algo de esperanza. Incluso yo me quedé con una. —Y señaló su rosa roja en el bolsillo superior de su levita.

—«Todos nos casaremos». Sí, recuerdo lo que les dijo...
¿Eso también fue una broma?

Anthony no supo responder esa pregunta, incluso él se lo cuestionaba. Ni siquiera entendía muy bien por qué interceptó la trayectoria del ramo. El impulso fue más fuerte que el sentido común.

Se dio cuenta de que la señora Langthorne tenía un azahar entre sus dedos. Estaba muy seguro de que no le había dado uno a ella, hubiera sido un desatino monumental. Ya se imaginaba a todos reprendiéndolo por regalarle una flor del ramo de novia a una viuda.

La curiosidad le ganó a la prudencia cuando preguntó:

—¿Quién le dio una flor del ramo?

La sonrisa de Gwendolyne volvió a adornar sus labios antes de responder:

—Su prima Sophie. Ella y sus hermanas son mis nuevas amigas... Y hoy he conocido a muchas damas con las que me hubiera encantado coincidir antes. —No quiso decir más, solo se encogió de hombros—. ¿Cómo se llama la pieza que acaba de tocar? Debo admitir que no soy buena identificando qué tipo es, pero ha sido la más preciosa que he escuchado en mi vida.

Anthony se rascó la rubia cabellera y respondió:

—Gracias... Aún no tiene nombre, es una serenata que acabo de improvisar.

Las cejas negras de Gwendolyne se elevaron hasta el nacimiento de su cabello del mismo color.

—¿Ha improvisado esa hermosa serenata? ¿Eso quiere decir que no podré escucharla otra vez? —Gwendolyne no supo por qué, pero sus ojos se anegaron en lágrimas. Con una mezcla de enfado y timidez, clavó su mirada en el suelo por su visceral reacción—. Oh... eso es... es muy triste.

Anthony se acercó a ella, se agachó ante Gwendolyne y quiso consolarla.

—La tengo en mi cabeza... La transcribiré en cuanto llegue a casa, se lo prometo.

Gwendolyne, sorprendida ante ese inusual acto de cortesía, lo miró. Los ojos de él eran azules... como los de ella. Amables. Nunca hubiera imaginado que un color frío pudiera transmitir tanta calidez.

—¿En serio puede hacer eso?

—Sí, de verdad. Quizás no sea idéntica a la que he tocado ahora, pero conservará su espíritu.

—Espero que lo logre. El mundo debe conocer esa prodigiosa obra.

Anthony sintió que su cara se calentó.

—No fue para tanto...

—No sea modesto. Para mí ha sido un privilegio escucharla, aunque me hubiera encantado que tuviéramos más testigos.

—Ha sido un regalo para usted.

Anthony se levantó y tomó el estuche que protegía su violín.

Ella quiso agradecer el gesto y preguntar por qué le dio ese regalo tan especial, mas una voz grave irrumpió en el salón e hizo eco.

—Tony, ¿hasta qué hora te esperamos?

Gwendolyne dirigió su atención hacia la persona poseedora de esa voz. De hecho, era similar a la del señor Witney.

No tardó en descubrir que se trataba del padre de él, Andrew Witney, vizconde Rothbury. Un hombre con la mitad del rostro desfigurado por una cicatriz. Tenía una apariencia feroz, pero era solo eso, apariencia.

Andrew se acercó a ellos, cojeando.

Gwendolyne se apresuró a levantarse e hizo una reverencia. Padre e hijo eran idénticos, guardando las proporciones.

—Ha sido culpa mía, milord. Entretuve a su hijo sin querer.

Andrew esbozó una sonrisa y le brindó una impecable inclinación de cabeza.

—Me va a disculpar, pero conozco demasiado bien a Anthony, y él suele ser un conversador compulsivo. Creo que él la entretuvo más de la cuenta.

—Entonces, digamos que la culpa es compartida.

Andrew asintió, palmeó la espalda de Anthony y añadió:

—Debemos marcharnos ahora. Señora Langthorne, ha sido un placer conocerla hoy, espero que esta no sea la última vez que la veamos.

—También espero lo mismo, milord.

Anthony se despidió de Gwendolyne guiñándole el ojo antes de brindarle una inclinación y dijo:

—Tendrá noticias mías, señora Langthorne.

Padre e hijo se retiraron.

El salón pareció duplicar su tamaño de un momento a otro.

Gwendolyne miró todo a su alrededor. La mansión de Edward —el flamante recién casado— era demasiado enorme para ella y su hermano, Hywel, pero a él le habían encomendado la misión de cuidarla mientras los recién casados permanecieran en la India. Unos dos años aproximadamente.

Era mucho tiempo para ella, y la mansión se encontraba aislada de la ciudad. Le iba a proponer a su hermano que ya era momento de irse, y que debía tomar posesión de Langthorne House, la casa que heredó de su difunto esposo —además de un cuantioso patrimonio, repartido entre propiedades y acciones. En otras palabras, era más rica que Creso—.

Eso fue lo único bueno que hizo su padre cuando la comprometió, negociar con Langthorne un testamento favorable para ella. Estaba segura de que su esposo lo iba a cambiar de un momento a otro, pero nadie esperaba su prematura muerte.

Inspiró hondo. No iba a ser fácil su conversación con Hywel. Todavía no se decidía qué hacer con su nueva posición y riqueza. Se sentía como un canario al que le dejaron abierta la puerta de su jaula. Estaba ahí, indecisa en el umbral, sin saber si emprender el vuelo o no.

La libertad era tan aterradora como el cautiverio.

